

Alerta eclesial contra el canibalismo social

26/05/2026



El Tedeum del 25 de mayo constituye, por tradición histórica, el momento en que el poder político se ve obligado a confrontar una mirada que escapa al control de sus propios dispositivos de propaganda. En esta oportunidad, la homilía del arzobispo de Buenos Aires, monseñor Jorge Ignacio García Cuerva, ante el presidente Milei y la plana mayor del Gobierno nacional, abandonó cualquier comodidad litúrgica para ofrecer un diagnóstico descarnado y urgente sobre la fractura social que experimenta el país. El reclamo eclesial de «basta de arengar la división y la polarización» operó como un freno de mano conceptual frente a una metodología de gestión que hace

del conflicto permanente su principal combustible.

La advertencia de la Iglesia toca el núcleo de una dinámica peligrosa: la pretensión de subordinar la totalidad de la vida comunitaria a la frialdad de las variables macroeconómicas. Sostener que los balances deben «cerrar con la gente adentro» no es un enunciado piadoso; es un principio de ordenamiento político y social que la tecnocracia oficialista insiste en ignorar. La obsesión por el superávit fiscal a cualquier precio, celebrada como un milagro estadístico, se traduce en el interior profundo de las provincias en una realidad signada por la parálisis productiva, el desempleo latente y la pulverización de los ingresos de inmensas cantidades de ciudadanos.

Para comunidades como la sanrafaelina, el impacto del ajuste no es una abstracción teórica de living; es la angustia de los comerciantes locales que asisten a la caída sostenida del consumo, es la intemperie de las familias desprotegidas ante la ofensiva tarifaria y es el deterioro de las redes mínimas de contención social. Cuando el éxito de un plan económico se divorcia de la suerte material de sus ciudadanos, la gestión pública abdica de su fisonomía del bien común y se convierte en un frío ejercicio de contabilidad.

La construcción de una sociedad libre y soberana, el ideal que se conmemora en la gesta de mayo, resulta incompatible con la promoción del odio y el señalamiento del disidente como un enemigo al que hay que exterminar moralmente. Una democracia sin conversación genuina, donde el diálogo es catalogado como debilidad o complicidad, se vacía de contenido republicano. El llamado a recuperar la cohesión social y a deponer los discursos de barricada digital debe ser escuchado con madurez por toda la dirigencia. Ningún superávit financiero es sostenible en el tiempo si se edifica sobre los cimientos de una comunidad espiritualmente quebrada y materialmente postergada.